

JONATHAN SWIFT

Los viajes de Gulliver



Imagínate que un día, al despertarte, te encuentras con un hombrecillo de menos de un palmo de altura que, de pie encima de tu pecho, te mira asombrado a la cara... Pues eso es, ni más ni menos, lo que le ocurrió a Gulliver tras naufragar el barco en el que viajaba y llegar nadando a una isla desconocida...



Jonathan Swift

Los viajes de Gulliver

Mi primera biblioteca 8

ePub r1.0

Titivillus 16.04.2019

Título original: *Los viajes de Gulliver*

Jonathan Swift, 1985

Ilustraciones: Horacio Elena, Miguel Varela, Cristina Dartiguilongue, Silvia Badesich

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1

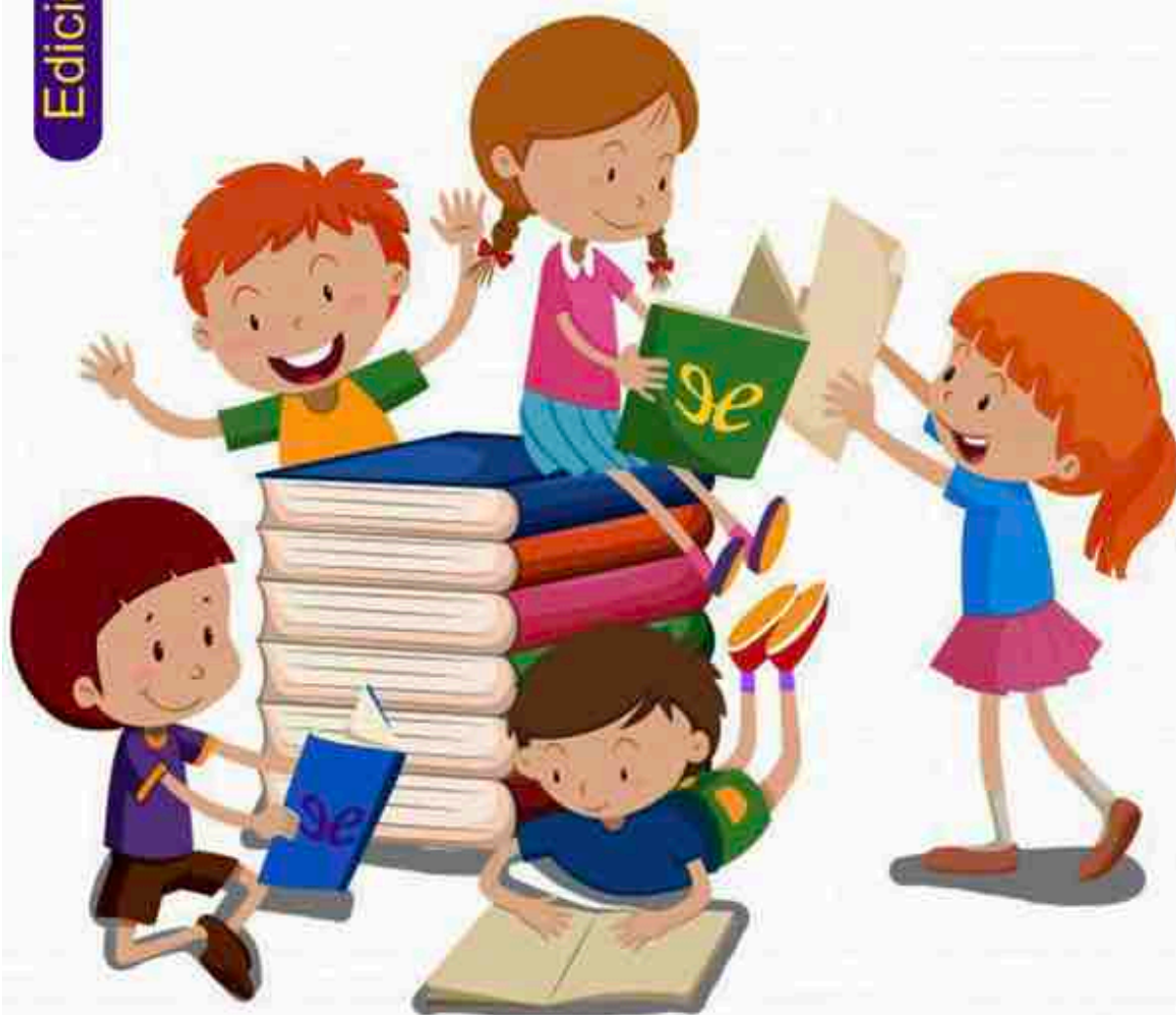


Edición conmemorativa

SEXTO

ANIVERSARIO

epublibre





JONATHAN SWIFT

Los viajes de Gulliver











Durante un viaje hacia Oriente, naufragó el barco en el que iba un médico inglés llamado Gulliver.

Dejándose arrastrar por el viento y la marea, Gulliver vio por fin una isla a lo lejos, y hacia ella se dirigió nadando.









Cuando llegó a tierra,
Gulliver estaba tan cansado que
se dejó caer y quedó profundamente
dormido.

Al despertar, muchas horas
después, notó con horror que no
podía moverse, como si estuviera
atado al suelo. Y así era en
verdad, pues miles de finísimas
cuerdecillas lo sujetaban a
pequeñas estacas clavadas en la
tierra, e incluso sus cabellos
estaban atados a las estaquitas.

Pero lo más asombroso era que
sobre su pecho ¡había un hombrecito
de menos de un palmo de altura
mirándole fijamente a la cara!









Mirando de reojo, Gulliver vio que estaba rodeado por cientos de aquellos hombres diminutos. Dio un fuerte tirón y logró soltar su brazo izquierdo, y luego liberó su cabeza, a pesar del daño que le hacía tirar de sus cabellos atados a las pequeñas estacas.


El hombrecillo que tenía sobre el pecho huyó espantado, y una lluvia de flechas minúsculas, que más bien parecían alfileres, cayó sobre Gulliver, aunque sin hacerle más daño que picotazos de insecto.

Gulliver decidió mostrarse amistoso, y los hombrecillos dejaron de disparar.









Entonces aquellos seres
diminutos trajeron una plataforma
de madera con ruedas, arrastrada
por muchos caballos tan pequeños
como ellos.



Entre todos, subieron a
Gulliver a la plataforma y lo
llevaron ante su emperador.









El emperador ordenó llevar a Gulliver a un templo abandonado, al que lo sujetaron por un tobillo mediante pequeñas cadenas.

El templo le servía de casa a Gulliver, que podía tumbarse en su interior para dormir, y allí iban a verlo los asombrados hombrecillos.

Gulliver decidió comportarse de forma pacífica y amistosa, y así acabó ganándose la confianza de los enanitos, que le enseñaron su idioma. Entonces se enteró de que la isla se llamaba Liliput y de que los liliputienses estaban en guerra con otro país de enanos.









Una gran flota enemiga se disponía a invadir Liliput, y a Gulliver se le ocurrió un plan para evitarlo. Se lo contó al emperador y éste, que ya se fiaba de él, mandó soltarlo.

Entonces Gulliver fue nadando hasta Blefuscu, la isla de los enemigos de los liliputienses, que eran tan diminutos como éstos, y capturó las naves que tenían listas para invadir Liliput.

Los blefusquianos hicieron frente a Gulliver con una lluvia de flechas, pero éste se protegió los ojos, que eran su único punto débil, con unos lentes.









Gulliver ató las naves con
unas largas cuerdas que había
llevado consigo y las remolcó
hasta Liliput.



Al verle llegar arrastrando
tras de sí a la flota enemiga,
los liliputienses lo recibieron
como a un gran héroe.









Entonces el emperador, dándose cuenta del enorme poder de su gigantesco aliado, le pidió que volviera a Blefuscu y destruyera el ejército enemigo.

Pero Gulliver se negó, pues una cosa era impedir una invasión y otra muy distinta atacar un país abusando de su tamaño.

El emperador se enfadó mucho, y los amigos de Gulliver le aconsejaron que se marchara, pues la ira del pequeño gobernante era terrible.

Así que Gulliver se quitó la ropa, la puso sobre uno de los barquitos y se alejó nadando.







Como no sabía adónde ir,
Gulliver volvió a Blefuscu.

Los espías blefusquianos en
Liliput le habían contado al rey
de Blefuscu que Gulliver se había
negado a destruir su ejército.
Por eso, cuando Gulliver se
presentó ante el rey, éste lo
recibió amistosamente, a pesar de
que se hubiera llevado sus naves.

Por mediación de Gulliver,
Liliput y Blefuscu firmaron la
paz, y los blefusquianos, muy
agradecidos, pues lo cierto era
que llevaban las de perder en
aquella guerra, dijeron a Gulliver
que se quedara cuanto quisiera.









Un día, desde la playa, vio Gulliver un bote a la deriva. Fue nadando hasta él y lo llevó a la orilla.



Estaba muy maltrecho, pero todos los carpinteros de Blefuscu se pusieron a disposición de Gulliver para arreglarlo.









Con cientos de trocitos de tela cosidos entre sí, los sastres de Blefuscu hicieron una vela para el bote, y con el árbol más alto de la isla construyeron un mástil.

Luego los blefusquianos llenaron el bote de provisiones, y Gulliver, que estaba deseando volver entre los suyos, se hizo a la mar.

Estuvo navegando varios días sin saber muy bien dónde estaba ni hacia dónde iba, hasta que por fin divisó a lo lejos un velero. Se dirigió hacia él lo más rápido que pudo, y al acercarse vio con alegría que era un barco inglés.









El capitán del velero escuchó con asombro las fantásticas aventuras de Gulliver en Liliput y Blefuscu, y pocas semanas después llegaron a Inglaterra sin novedad.



